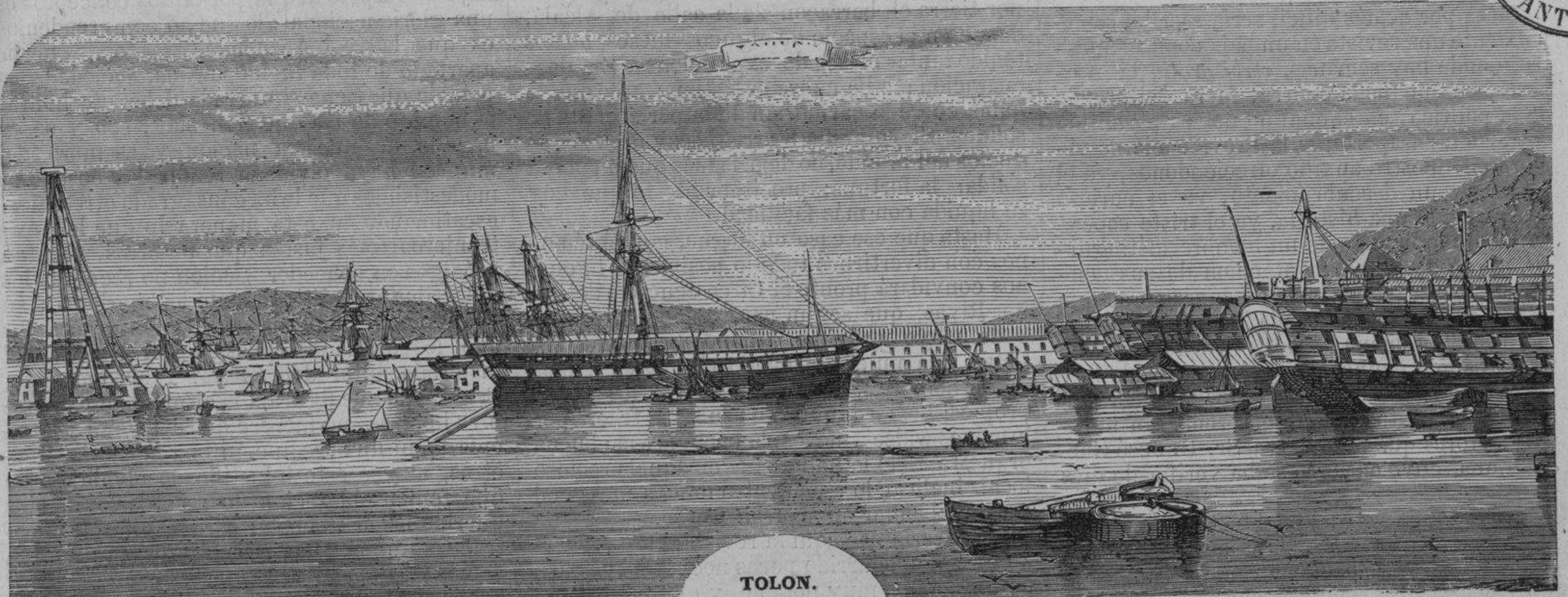


El Periódico Ilustrado



TOLON.

Número 8.^o
DEL 27 DE ABRIL AL 3 DE MAYO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.^o
DESPACHO CENTRAL. . . . CUATRO CALLES.



SUMARIO.—TESTO: *Revista de la semana*, por M. del Palacio.—*Tolon*, Tipos moldo-valacos, *La Fragata «Medusa»* y *Victor Manuel*, por J. Belza.—*Fábulas amables*, por N. Serra y J. Perez Echevarría.—*Recuerdos á Cervantes*, por Hartzenbusch.—*Teatros*, por E. de Inza.—*C. Prócula*.
LÁMINAS: Tolon.—Tipos moldo-valacos.—*La Fragata Medusa*.—*Victor Manuel*.—Geroglífico.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

Madrid. . . Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.
Provincias. Un año 28 » —Seis meses 14 »
Ultramar. . Un año 80 » —Seis meses 40 »

4 cuartos
el
número.



TIPOS MOLDO-VALACOS.

REVISTA DE LA SEMANA.

Tarea por demás difícil sería escribir semanalmente una revista en un país como el nuestro, donde hay semanas, *verbi gratia* la presente, en que nada ocurre, fuera del mundo de la política, en el cual no nos es permitido entrar sin pasaporte; si la Providencia no viniera en nuestro auxilio ofreciéndonos, ya el placer de un descubrimiento, ya el curioso desenlace de una historia, ya el triste espectáculo de la muerte de un hombre distinguido, digno de ocupar la atención de sus contemporáneos, en ese instante supremo en que va á caer sobre él la pesada losa de la tumba.

Tocóle la semana pasada el turno á uno de nuestros más eminentes oradores; tócale hoy á uno de nuestros más antiguos y celebrados artistas dramáticos. Ya comprenderán nuestros lectores que aludimos al Sr. D. José García Luna, cuyo entierro se ha verificado días atrás.

El Sr. Luna, retirado del teatro hace algunos años, desempeñaba en la actualidad una de las cátedras de declamación del Conservatorio, y era el último eslabón de aquella cadena de artistas, que principiando en Maiquez y Rafael Pérez, vino á concluir en Concepción Rodríguez y Carlos Latorre. Sobrino de la célebre actriz Rita Luna, de la cual quiso perpetuar el apellido, pasó sus primeros años sin pensar siquiera en dedicarse á su arte. Nacional del 20 al 23, desempeñaba un modesto destino en Loterías, y el haberse visto privado de él á causa de sus ideas, y la voz interior de un genio que le impulsaba á la escena, le decidieron por fin á pisarla, haciendo su primera salida en *García del Castañar*. Cultivó desde entonces con gran éxito el teatro antiguo, sobresaliendo en *Otelo* y en *El mejor alcalde el rey*, al mismo tiempo que resucitaba caracteres como los de *Pelayo*, *Don Juan de Espina en Madrid*, el padre Froilan en *Carlos II el Hechizado*, y creaba tipos como los que tanto aumentaron su reputación en la primera parte de *El Zapatero y el Rey*, *El Campanero de San Pablo*, y sobre todo en *El Arte de Conspirar*, que era, á juicio de los inteligentes, su obra maestra. Imitador de la escuela de Maiquez, con todas las exageraciones de la escuela francesa, que este copió del gran Talma, el Sr. Luna, que hoy acaso nos parecería amanerado y violento en las transiciones, hizo en su tiempo las delicias del público, y llegó á lograr por esta circunstancia, y por la modestia, quizá exagerada, con que vivió siempre, lo que es difícil lograr en la esfera del arte, crearse una fortuna independiente y legar á sus hijos, al par que la memoria de su nombre, la seguridad de un porvenir tranquilo y bonancible. Su entierro ha sido una verdadera solemnidad artística, y sus antiguos discípulos y compañeros le han dado en este postrer adiós verdaderas muestras de respeto y de simpatía.

Triste es sin duda el destino del hombre que así le arrebatada de la noche á la mañana del seno de su familia y le despoja de sus más queridas afecciones; pero yo, francamente, prefiero ese destino al del infeliz sapo hallado en Inglaterra al serrar una piedra estraida de veinticinco piés de profundidad, y el cual, al verse libre de su prisión, comenzó á respirar con fuerza y á desentumecer sus patas, con la gracia y soltura proporcionadas á su edad, que según un sábio geólogo, no bajará de 6.000 años.

No ya en la cavidad de una peña; en el interior del más suntuoso Palacio, una existencia tan larga sería para mí el más horrible de los martirios. Por eso yo solo amo lo que en la tierra existe más mudable y efímero: la hermosura de la mujer, el aroma de la flor, el canto del ave, la gloria, la esperanza, y alguna que otra vez los ministros. Por eso me han hecho siempre poca gracia las instituciones seculares, con las cuales me voy ya reconciliando.

Una prueba de esto es para mí la sensación que esperiménté hace dos días al ver ya casi por tierra el barracón de la calle de Alcalá, donde en el espacio de algunos meses hemos tenido tantas clases de exposiciones. Su desaparición me ha causado lástima; creo que le había cobrado cariño, sin duda por su falta de solidez. Si yo pudiera arreglar un día los negocios del mundo, no dejaría más que una cosa sólida: la fortuna; precisamente lo que hoy se liquida con más facilidad.

Hasta que ese caso no llegue, contentémonos con divertirnos todo lo posible, á lo cual nos convidará pronto el Circo ecuestre del señor Rivas, que según parece debe abrirse el 3 de mayo próximo. Muchos y buenos artistas; una mujer que hace todos los ejercicios de un hombre, sin olvidar por eso los suyos propios; Leotard, que si no suertes, traerá por lo ménos walses nuevos; buenos clowns; buena orquesta; todo lo hallaremos en aquel precioso local, incluso lo que dentro de dos meses no será fácil hallar en Madrid: fresco.

Iba á terminar aquí la revista, pero recuerdo un lance ocurrido pocas noches há en casa de un médico muy notable, y que por lo sencillo, vale la pena de referirse.

Se disputaba sobre la pena de muerte, á propósito de varias ejecuciones cuya relación se había leído en la *Correspondencia*. Dos de los interlocutores eran médicos; el otro era un capitalista muy conocido.

—Yo sostengo, decía uno de los doctores, que la pena de muerte es conveniente; pero no así la manera de aplicarla.

—Pues ¿qué género de muerte le parece á Vd. el mejor? preguntó el otro.

—Yo creo que física y moralmente no hay sistema mejor que el nudo corredizo y la suspensión. ¿No opina Vd. lo mismo, D. Juan?

—Hombre, respondió el capitalista; yo, si me dieran á escoger, preferiría la indigestión.

—Nada, nada, señores, todo eso es absurdo; el género de muerte que ménos hace sufrir es el antiguo; es decir, el tajo y el hacha.

—¡Horror! ¡barbaridad! exclamó el médico furioso.

—Bien, pues deme Vd. siquiera una razón ó una prueba de que el sistema de Vd. es preferible.

El interpelado vaciló un momento; después, dándose una palmada en la frente, gritó:

—La tengo, la tengo.

—Veamos, dijeron á un tiempo el capitalista y el doctor.

—La prueba de que mi sistema es el más conveniente, es que puedo citar multitud de suicidas que se han colgado de un árbol ó una escarpia; cíteme Vd. uno siquiera que para suicidarse haya puesto la cabeza en un tajo, y se la haya cortado con un hacha.

—Tiene razón, murmuró por lo bajo el capitalista.

El médico no dijo nada, pero al día siguiente remitió á sus dos amigos una tarjeta que decía:

«F. de N., médico cirujano, ofrece á Vds. sus servicios.»

Ignoro si se habrán puesto en cura.

M. DEL PALACIO.

RECUERDOS Á CERVANTES.

Tristísimo, sensible, deplorable es que haya pasado el día 23 de este mes, aniversario de la muerte del inmortal autor del *Quijote*, el príncipe de las letras españolas, sin que la real Academia, la prensa, el teatro, le hayan dedicado un recuerdo.

Comprendemos que la prensa, arrastrada por la impetuosa corriente de los acontecimientos, haya pasado por alto un hecho que no se presta para tener en continua excitación la pasión política; comprendemos que las empresas teatrales, atendiendo más á sus intereses que á la honra que les pudiese caber por celebrar como debían los aniversarios de los hombres que han honrado con su talento nuestra

patria, hayan desatendido tributar un homenaje de respeto al que por tantos conceptos es una gloria nacional: lo que no comprendemos es que la real Academia española, cuerpo apartado de toda lucha política, sociedad respetable que tiene el sagrado deber de honrar el nombre de los que han sido, son y serán orgullo de nuestra nación y asombro del mundo; haya olvidado rendir los obsequios modestísimos que le ha consagrado otros años, escatimando de esta manera lo que los extranjeros, más justos que nosotros, son tan pródigos en conceder. ¿Quién no recuerda los que tributaron últimamente los ingleses á su gran poeta Shakespeare? ¿Quién ignora los que los alemanes consagran á Goethe, el inspirado autor del *Fausto*? Y sin embargo, Cervantes, que figura á la altura de esos hombres ilustres, no merece de su país ni un recuerdo, ni un obsequio, ni una memoria. Nosotros, al ver este injustificado olvido en los que tenían obligación de recordarlo, hemos querido hacerlo constar para manifestar la extrañeza que nos ha causado y la pena de que hemos sentido embargado nuestro ánimo. Para cohonestar tan gravísima falta en la pequeña parte que á nosotros corresponde, insertamos á continuación una bellísima poesía del señor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y una escena, irrepresentable, de una loa *representada*, debida también á la pluma del mismo reputado y concienzudo autor.—BELZA.

A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

En el libro que esta edad
Aun á comprender no alcanza,
Don Quijote y Sancho Panza
Comprenden la humanidad.
El primero, imágen es
Del ánsia de una pasión;
El segundo es la razón
Vencida del interés.
Loco Don Quijote, va
Lejos de villa y aldea
Pensando en la Dulcinea
Que no ha visto ni verá.
Se ríe de su señor
Sancho, en su ruda malicia;
Mas le sigue por codicia
De verse gobernador.
En Sancho sus faltas note
Cada cual y en el hidalgo:
Quien no es Sancho Panza en algo,
Tiene algo de Don Quijote.
Él, en su alucinamiento,
Traba con gigantes guerra,
Y échanle de un golpe á tierra
Las aspás que agita el viento.
En Argel, sublime acción
Cervantes emprende así;
Y abatió su intento allí
El soplo de la traición.
Por eso, pues, al talento,
Juntando experiencia suma,
Trazó el *Quijote*, con pluma
Que le prestó el escarmiento.
Y en su designio profundo
Puso, al retratar su loco,
De sí, Cervantes un poco;
Lo demás de todo el mundo.
Aquí el cimientó mirad
En que esta fábula estriba;
Ficción, en parte, festiva,
Y en parte amarga verdad.
Si por las lenguas ingratas,
Que miedo vil desató,
Cervantes no conquistó
El reino de los piratas;
Ganó con su mano misma
Para su patria un laurel,
Que ha durado más que Argel
En poder de la morisma:
Y por cuanto alumbra el sol
Las naciones más distantes,
Proclaman hoy á Cervantes
Rey del ingenio español.

J. E. HARTZENBUSCH.

ESCENA (INEDITA) IRREPRESENTABLE

DE LA LOA TITULADA

LA HIJA DE CERVANTES.

ESCENA NOVENA.

Los perros CIPION y BERGANZA, saliendo de su escondite.

- BERG. Cipion amigo!
- CIP. Hermano Berganza!
- BERG. Volvemos á hablar por segunda vez, ni más ni menos que en el Hospital de la Resurreccion.
- CIP. Qué dicha que nos haya traído á Madrid el hermoso Mahudes!
- BERG. Y que haya asistido al entierro de hoy!
- CIP. De qué platicaremos?
- BERG. ¿De qué hemos de platicar á vista de esa sepultura?
- CIP. Del que nos dió voz humana la vez primera, de Miguel de Cervantes.
- BERG. Ladremos contra los que le han mordido.
- CIP. Mejor fuera morder á los que le tuvieron con hambre.
- BERG. El Duque de Béjar le desvió de sí poco noblemente.
- CIP. El de Lerma le negó el premio de sus hazañas.
- BERG. No le adularia Cervantes como Villegas...
- CIP. Como Figueroa...
- BERG. Como Góngora y Espinel...
- CIP. Como el bellaco de Avellaneda.
- BERG. ¡Manco le llamó ese zascandil por insulto!
- CIP. Como si su manquedad hubiera nacido en alguna taberna!
- BERG. En la batalla de Lepanto fué.
- CIP. En la más alta ocasion que vieron los siglos.
- BERG. Envidioso!
- CIP. Deslenguado!
- BERG. Usurpador!
- CIP. Ladron sin vergüenza, porque le cogió á Cervantes el pensamiento de su libro, y se alabó del hurto.
- BERG. ¿Cuándo podria él compararse con un Cervantes!
- CIP. ¡Con un hombre que estuvo para sujetar á Argel al dominio de España!
- BERG. Traidores malograron su empresa.
- CIP. Infames á quien él habia defendido á costa de su vida.
- BERG. Atado le tuvieron ya los moros para ahorcarle por ellos.
- CIP. ¡Mira cómo le ha pagado su patria!
- BERG. Di, el ministro ingrato de un Rey para poco.
- CIP. Ya trata el Rey de gratificar á quien le descubra quién es D. Quijote.
- BERG. Podia habérselo preguntado á Cervantes en vida; que él lo sabria mejor que nadie.
- CIP. En vida se le tiene al ingenio sin pan; difunto, se le harta de incienso.
- BERG. Nosotros no hubiéramos hecho eso con él, áun siendo unos perros.
- CIP. Ay! de lo que me acuerdo, Berganza!
- BERG. Qué recuerdas, Cipion?
- CIP. Que mientras nosotros ladramos aquí sin provecho, se habrá adelantado el galopin D. Blas al pobrete de Alfonso, y habrá cogido ya los dos mil ducados que pudieran servir de dote á doña Isabel.
- BERG. Es casi seguro.
- CIP. Pues nosotros tenemos la culpa.
- BERG. Por qué?
- CIP. Porque así que oimos á D. García eso de los ducados, deberíamos haber corrido tras de D. Blas para apartarle á mordiscos de la casa del Conde.
- BERG. Tienes razón. Como perros nos hemos portado.
- CIP. Como hombres, que es mil veces peor.
- BERG. Merecemos cualquier castigo.
- CIP. Por eso quizá voy sintiendo que la voz se me dificulta.
- BERG. Y á mí se me acaba.
- CIP. Por tí ha sido esto.
- BERG. Por tí sí que ha sido.
- CIP. Ganas me dan de deshacerte el pescuezo.
- BERG. Ganas me dan de descuartizarte.
- CIP. Guau, guau, guau, guau!
- BERG. Guau, guau, guau, guau! (Vanse ladrando y mor-diéndose.)

J. E. HARTZENBUSCH.

FÁBULAS AMABLES.

Estándose abrazando un matrimonio,
Entre los dos se apareció el demonio.
Este caso se evita
Tomando al empezar agua bendita.

N. SERRA.

Jugaba Margarita con la cola
De su gato de Angola,
Y al quererlo besar ¡quién lo pensara!
De un arañazo la cruzó la cara:
Lo mismo que los gatos
Se portan en el mundo los ingratos.

F. PEREZ ECHEVARRÍA.

TOLON.

La lámina que sirve de encabezamiento á nuestro número de hoy representa la vista de Tolon, el segundo puerto militar de Francia, el cual se haya situado sobre el Mediterráneo, al pié del monte Faron y en el departamento de Var. Construido en el fondo de una bahía, en la cual una especie de isla forma su circunferencia, posee una rada magnífica, que es sin duda una de las más bellas del universo.

Tolon es á la vez capital de provincia y departamento marítimo de primer orden. Es notable por sus magníficos establecimientos y almacenes marítimos: posee un dique para el carenaje de los buques, talleres de cordelería y velámen, arsenal, fundicion, herrerías, etc. La poblacion cuenta más de 54,000 habitantes. En la antigüedad fué colonia romana, y en la Edad media fué saqueada varias veces por los árabes. En 1524 fué tomada por el condestable de Borbon, y despues, en 1536 por Carlos V. Luis XVI hizo construir las insuperables fortificaciones que la defienden, y el príncipe Eugenio y el duque de Saboya la sitiaron en 1707. La traicion del partido realista en 1793 la entregó á los ingleses, pero el 19 de diciembre del mismo año fué recobrada por los republicanos. En este famoso sitio fué donde tanto se distinguió, dando por primera vez una revelante muestra de su genio militar, el jóven teniente de artillería Napoleon Bonaparte.

En Tolon hay magníficas plazas, un gran número de preciosas fuentes, la columna de Argel, el hospital militar, el lazareto, y un triste, pero desgraciadamente necesario establecimiento, el presidio.

Posee además un colegio, escuelas imperiales, un Museo, sociedades de ciencias y artes, etc. La industria y el comercio son los únicos que no tienen una gran importancia en aquella localidad.—B.

TIPOS MOLDO-VALACOS.

Desconfiad de ese patriarca, á pesar de su barba blanca y respetable fisonomía, de su actitud reposada y tranquila, de la afeccion que demuestra á su hija, porque ese patriarca es un bandido de la romanía.

En las ramificaciones de los montes Carpatos que cruzan las provincias danubianas existian hace ya mucho tiempo un gran número de estos bandidos que en vano perseguia la gendarmería romanía.

Sin embargo de que se pudo al fin batirlos y desalojarlos, casi en su totalidad, de sus guaridas, han dejado aun no pocos sucesores, cuya importancia toma por intervalos proporciones bastante graves. Generalmente se contentan con detener al pastor que tiene la mala fortuna de tropezar con ellos, con despojarle de sus vestidos y robarle algunos carneros. Otras veces se apoderan de los comerciantes ambulantes que van de pueblo en pueblo vendiendo los objetos de su comercio, como son telas, quincallería, bisutería, etc., etc. En las soledades que ellos frecuentan, es raro que

tropiecen con una rica presa; pero desgraciado del hombre bien acomodado que cayese en su poder, porque le retendrian prisionero hasta que pagase un crecido rescate.

Pistolas, yataganes, carabinas y hasta unas espadas de dos filos que se llaman *paloche*s, son las armas que usan generalmente, y sin embargo, no son aficionados á verter sangre, y es muy raro el moldo-valaco que hace uso de ellas como no sea para defenderse. Las baladas y leyendas citan muchos nombres de bandidos que fueron, segun dicen, modelos de dulzura, de nobleza y de generosidad.

Uno de los más antiguos de estos bandidos, el famoso Codreau, fué hecho prisionero por Leonti de Arnaldo y conducido ante el tribunal de Iliech Vodá, que gobernaba entonces en Yassy.

—¿Has muerto á muchos cristianos, le preguntó el príncipe, desde que eres bandido?

—Alteza, contestó Codreau; juro por el nombre de la Santa Virgen que no he asesinado á ninguno. Siempre que me he encontrado con un cristiano, me he portado con él como un verdadero hermano. Si era dueño de dos caballos, tomaba uno para mí y le dejaba en tranquila posesion del otro; si poseia diez piastras, me guardaba cinco y le dejaba las otras cinco; y finalmente, si me encontraba con un pobre, le daba cuanto llevaba en el bolsillo para que socorriera su miseria. En cuanto á los turcos, es otra cosa; no he podido encontrar uno solo, sin que inmediatamente no me haya asaltado el deseo irresistible de cortarle la cabeza y arrojarla como delicioso pasto á los grajos, en lo cual creo que hice bien.

El grabado que hoy ofrecemos en la primera página representa uno de estos bandidos, descansando de sus fatigas al lado de su hija, y es el retrato de *Yanok el Húngaro*, uno de los más célebres de su época.—B.

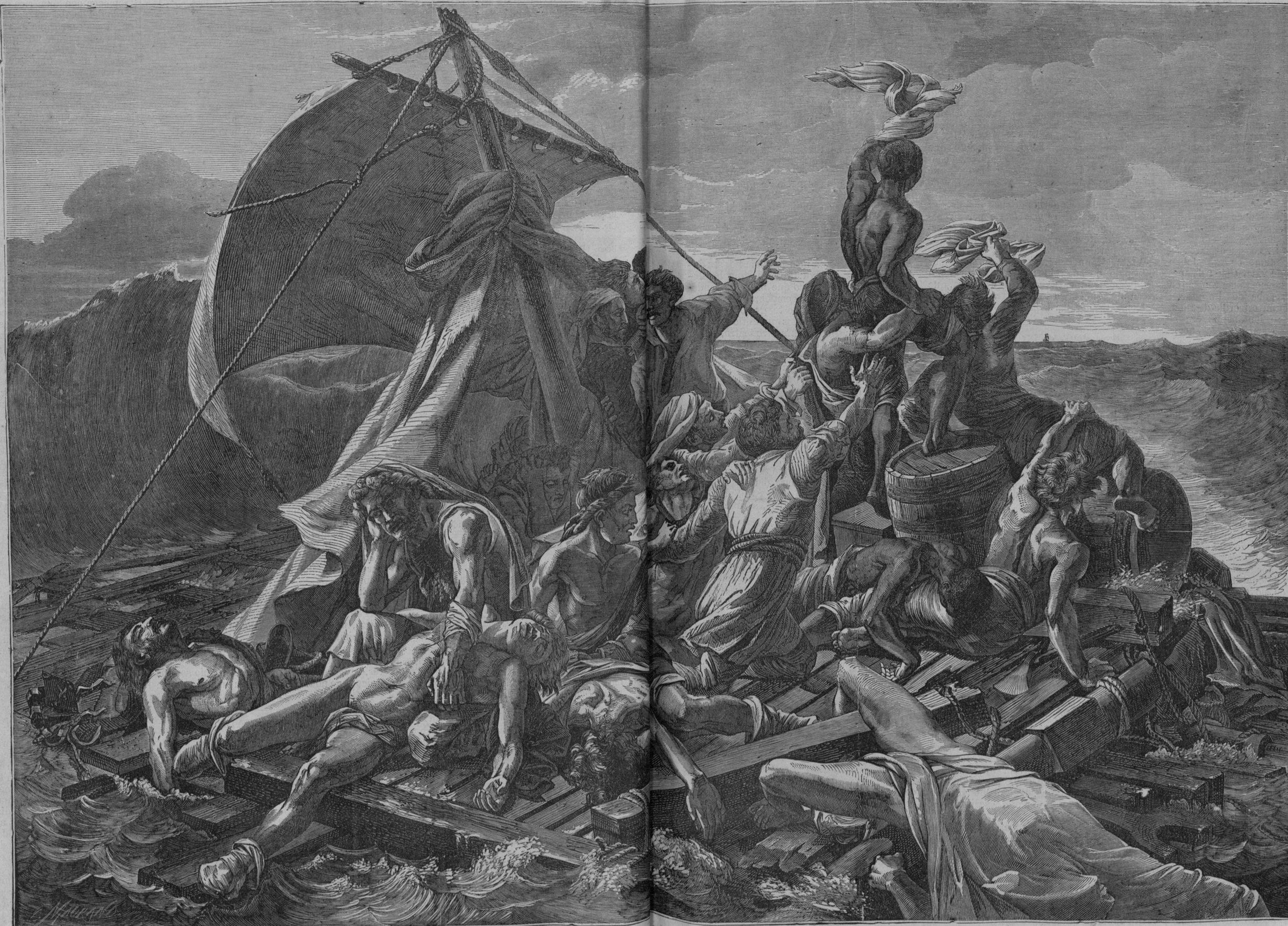
NAUFRAGIO DE LA MEDUSA.

Pocos de nuestros lectores serán los que no conozcan la funesta historia de este desgraciado buque, que poetas y pintores nos han presentado muchas veces en todas sus fases, ya en el teatro, ya en históricas narraciones llenas de palpitante interés, ya en preciosos lienzos, donde los artistas más afamados de la época reprodujeron los episodios más terribles de aquel sangriento drama que se verificó en alta mar, y que tan honda sensacion produjo en todos los ánimos.

Hace tambien algunos años que se presentó en Madrid y en el teatro de la Cruz, que ya no existe, un interesante drama de espectáculo, cuyo argumento se hallaba basado en aquellos mismos episodios, y por cierto que fué puesto en escena con extraordinaria exactitud, siendo pintadas las decoraciones y dirigida la maquinaria, en noble y honrosa competencia, por los reputados artistas escenógrafos señores Aranda y Lucini, que dieron en aquella ocasion una relevante prueba de su talento é indisputable mérito. El éxito más completo recompensó los esfuerzos de la empresa y de los artistas, y el teatro estuvo concurridísimo por espacio de mucho tiempo. Algunos años más tarde la desgracia del hundimiento de los almacenes del Pósito vino á destruir todas aquellas magníficas decoraciones que en ellos se conservaban.

El grabado de grandes dimensiones que hoy ofrecemos á nuestros lectores está copiado de un magnífico cuadro de *Gericault*, célebre pintor que falleció en Paris en 1824. Su amigo Dreux-Dorcy pidió un sitio en el Louvre para colocarlo en sus salones. Es una obra maestra, en la que, movimiento, espresion, correcto dibujo, vigoroso colorido, perfecta distribucion de la luz, profundo conocimiento de anatomía, todo en fin se encuentra reunido en ella. Forbin-Fausón, director de los reales Museos, ofreció por él 5.000 francos.

LA Balsa de la Medusa.



AL DÉCIMOTERCIO DÍA, LOS NÁUFRAGOS DE LA «MEDUSA» DESCUBRIERON EN EL HORIZONTE EL «ARGOS» QUE LOS SALVA DE UNA MUERTE CIERTA.

Francisco Passet, soldado (muerto).

Dupon, hijo (muerto).
Dupont, padre.

Cluazet (muerto).
Lheure, Juan Carlos.

Grisson de Bellay. El cirujano Savigny.
Courtade. Francés.

Clairet.
Coudin, Comandante de la balsa.
Tomás.

Lozach.

Domingo, negro (muerto).

Duval (muerto).
Lavillete.

Conte.

El brik francés el Argos.

En este tiempo, los liquidadores ó albaceas de la sucesion del pintor habian enviado el cuadro al *hótel Bullier* para ser puesto en venta, y Dreux-Dorcy adquirió su posesion por 6.500 francos, cediéndolo despues á Mr. de Forbin, no sabemos en qué precio, y desde entonces *La balsa de la Medusa* es propiedad del Museo francés.

Ahora solo diremos dos palabras sobre el asunto que lo motiva, para aquellos que no se hallen enterados.

El 5 de julio de 1816, cincuenta y dos naufragos abandonaron la fragata *Medusa*, que se estrelló en el Banco de Arguin, refugiándose sobre una balsa que pudieron construir con las maderas del buque destrozado, y en la que apiñados y sin víveres, se entregaron á la merced de Dios sobre las turbulentas ondas del Océano.

El 17 de julio, despues de doce dias de horribles privaciones, de espantosas torturas, de luchas fratricidas, de haberse sorteado y comido los unos á los otros, no quedaban más que quince, á los cuales tampoco les restaban sino muy pocas horas de vida. Una vela apareció en el horizonte; la esperanza renació en sus corazones, y los más abatidos levantaron la cabeza implorando la misericordia de Dios. El buque que se veia en lontananza era el brik francés el *Argos*, el cual tuvo la suerte de salvar á aquellos infelices.

El momento mismo en que la vela aparece en el horizonte es el que representa nuestro grabado; escena exacta, referida por uno de aquellos infelices al célebre artista que ha pintado el cuadro; así que, podemos dar á nuestros lectores una idea exacta de aquella sombría épopeya naval.

Los quince moribundos fueron recogidos por el *Argos*, y tratados con tanta humanidad como prudencia, y así pudieron arribar á San Luis de Senegal; pero á la mañana siguiente seis de ellos sucumbieron, por manera que solo nueve volvieron á ver el sol de la patria.

Uno de ellos, Alejandro Correart, ingeniero de la marina, fué el que proporcionó detalles para su cuadro á Gericault, y aun él mismo escribió y publicó una relacion exacta del naufragio de la *Medusa*, con todas sus desgarradoras escenas, con los más minuciosos detalles y episodios, y la cual ha servido de base para que más tarde, novelistas, poetas y autores dramáticos, escriban cuanto sobre este desgraciado asunto se ha publicado hasta el dia.

J. BELZA.

VÍCTOR MANUEL.

Victor Manuel (María Alberto Eugenio Fernando Tomás), rey de Italia, nació el 14 de marzo de 1820; es hijo del rey Carlos Alberto y de la reina Teresa, hija del difunto gran duque Fernando de Toscana.

Victor Manuel recibió una educacion científica al par que guerrera; siendo aun duque de Saboya, contrajo matrimonio en 1842 con la archiduquesa Adelaida de Austria.

Al estallar la revolucion de 1848, acompañó á su padre en las diversas campañas contra el Austria, en clase de comandante de la brigada de Saboya, segun era costumbre inmemorial en su familia.

En la batalla de Gito dió grandes pruebas de su valor y bizarría, recibiendo un balazo en un muslo: además se distinguió de un modo notable en la desastrosa jornada de Novara, que tuvo efecto en 23 de marzo de 1849.

Carlos Alberto, que en vano buscó la muerte en el ardor de la pelea, abdicó en la noche misma de su derrota en favor de su hijo.

Cuando sobrevino la guerra de Oriente en 1855, Victor Manuel, aliado de Francia é Inglaterra, envió á Crimea 17,000 hombres, que se distinguieron por su marcial aspecto y por su intrepidez en la accion de Tehernai.

Al empezar la guerra de Italia, Victor Ma-

nuel estrechó una alianza con el imperio francés por medio del matrimonio de su hija Clotilde con el príncipe Napoleon; tomó en persona el mando del ejército piamontés, y corrió al campo de batalla al dia siguiente de pasar los austriacos el Tessino.

Distinguióse por su valor en el combate de Palestu, que dió por resultado el-paso del rio Sezia; habiendo conseguido que el batallon tercero de zuavos le nombrase cabo, por su bizarro comportamiento en aquella jornada.

Despues de la batalla de Magenta, entró en Milan con el emperador Napoleon III.

Bien conocidos son los acontecimientos que siguieron á aquel memorable combate, á consecuencia de los cuales, Víctor Manuel, que solo era rey del Piamonte, llegó á ser rey de Italia.

Es sumamente querido de sus súbditos, los cuales le llaman *il re galantuomo* por su bizarría y carácter caballeresco. Además es estremadamente diestro en toda clase de ejercicios corporales.

Víctor Manuel es tambien el cazador más intrépido de su reino: hoy le representa EL PERIÓDICO ILUSTRADO en traje de caza, que es su diversion favorita, cuyo traje realza notablemente su gallarda persona.—B.

TEATROS.

Urge sobremanera antes de dar comienzo á ocuparnos del principal objeto de este artículo, que debe ser brevisimo, dejar espedito el camino desbrozando la senda que, para llegar al punto á que nos dirigimos, hemos de atravesar. Para conseguirlo, en cuatro palabras daremos cuenta de las escasas y poco importantes novedades teatrales que en los últimos ocho dias han ocurrido. Una de ellas, aunque no del todo de nuestra incumbencia, es la reaparicion en la escena del teatro del Circo del célebre prestidigitador Mr. Velle, artista húngaro que ya en la del coliseo de la Zarzuela lució el año último su rara habilidad, entreteniéndolo al público de Madrid con sus bien escogidos juegos de manos. Ahora como entonces ha obtenido la aprobacion de cuantas personas han acudido á admirar su extraordinario mérito, tanto en los ensayos de física recreativa, cuanto en el espectáculo que, bajo el nombre de *Resurreccion de los muertos*, ha exhibido, y que si no es del todo nuevo, pues ya le conociamos desde que, con el título de *Espectros luminosos*, tuvimos ocasion de examinar esta clase de efectos de óptica en los dramas *El sueño de un malvado* y *El Secreto de la vida*, que en el citado teatro del Circo se representaron durante la última temporada cómica, está dispuesto con tal perfeccion, que sorprende desde luego por la ilusion que produce, y que casi toca á la realidad.

Otra de las novedades que han tenido lugar en el indicado plazo, y en el mismo teatro por cierto, ha sido la representacion de la zarzuela calificada de *ilusoria* por su traductor el Sr. Pastorfido, y que lleva por título *Los guardias del rey de Siam*. Esta obrilla, con la que no se ha propuesto aquel escritor otra cosa sin duda que entretener al auditorio, no llena su pobre objeto sin embargo, á causa de que el supuesto en que estriba su argumento es desvergonzado y á mayor abundamiento trivial. Los llamados chistes que en esta payasada campean no son para escuchados por personas cultas. No podemos, pues, dispensar esta falta al Sr. Pastorfido, quien en otras ocasiones nos ha dado pruebas de que no necesita acudir á tan feo medio para cautivar la atencion del público.

Ahora bien; añadiendo á lo dicho que el sabado la célebre cantante Adelina Patti ofreció á sus constantes admiradores la funcion de su beneficio, en la que les dió nuevo y justo motivo para aplaudir sus envidiables dotes artísticas, habremos dado término á la tarea que

nos abrumaba, y que consistia en andar el camino que nos separaba del punto á donde ansiábamos llegar desde que cogimos la pluma para comenzar este mal perjeñado artículo.

Henos ya tocando el limite de nuestra carrera, detenidos ante el drama en tres actos y en verso, original del Sr. D. Antonio Hurtado, que se titula *El Toison roto*, y que en el teatro del Principe se ha puesto en escena á beneficio del primer actor D. Manuel Catalina.

Halagüeño por demás seria para nosotros poder detallar aquí las bellezas en que abunda esta obra de aquel inspirado poeta y discreto autor dramático; pero son tantas y de tal valor, que ni el espacio de que disponemos habria de ser suficiente á contenerlas, ni juzgamos tampoco que la precipitada cuenta que de ellas hemos hecho durante su primera representacion habia de servir para darnos aquella suma con la exactitud y fidelidad necesarias.

Quizás en ocasion más propicia nos sea dado examinar esta joya literaria, que ha llegado sola, y por camino que parecia abandonado, á enriquecer la empobrecida escena española. En tanto que este grato momento se hace esperar, séanos permitido, como amantes de la gloria de nuestro teatro, rendir el sincero tributo de nuestra profunda admiracion á la obra del Sr. Hurtado, quien si no se hubiera conquistado ya un primer puesto en el palenque literario, tal es el temple del arma con que hoy entra en liza, que puede afirmarse sin temor que con ella se abriera ancha y desahogada plaza.

Por suerte del teatro español, hija del mismo esclarecido ingenio, y tan rica de dones de estilo como esta, cuenta ya con una obra hermana de *El Toison roto*, cuyo nombre es *El Anillo del Rey*, y á la que el público no olvida nunca. La última obra del Sr. Hurtado es digna del autor de la primera. Sabido es, y por lo tanto ocioso repetirlo, á cuánto obligaba aquella.

La numerosa y distinguida concurrencia que en la citada noche llenaba el teatro, colmó de aplausos al afortunado escritor, á quien repetidas veces llamó á la escena con tal objeto. Los actores encargados del desempeño, con escasas escepciones, triste es decirlo, no acertaron á interpretar dignamente las bellezas del drama. El Sr. Catalina, con el desentono que le es habitual, y con su especialísima manera de decir, que consiste, como si dijéramos, en tomar carrera, apoyarse en el primer verso de las redondillas, y echarse á rodar por los tres versos restantes, guardó para sí muchos de los brillantes muchas veces y siempre profundos pensamientos de que está sembrada la obra, y que merced á aquel deplorable sistema de declamacion, pasaron desapercibidos para el público. El Sr. Pizarroso, narrando una historia, que no negaremos sea triste, lloró á lágrima viva, dando á su accion y á su palabra igual carácter que el que podria imprimirle el protagonista del hecho que se relataba. Semejante manera de decir es absurda, por lo ménos, y no acertamos cómo puede haberla adoptado como buena un actor á quien nos complacemos en reconocer verdadero talento. Igual razon tenia para llorar cuando cuenta la historia á que nos referimos, que la que tendria en otra ocasion para bailar una habanera al reseñar un baile, ó para dar una puñalada á su interlocutor al referirle pormenores de un asesinato. Créanos el Sr. Pizarroso, y enjugue sus lágrimas, pues la verdad es que no hay razon para tamaño desconsuelo. La Sra. Diez pronunció con acierto una sentida invocacion que embellece el segundo acto. Perfectamente ajustado á su difícil, aunque corto papel, encontramos al Sr. Pastrana; no así por cierto al Sr. Ibañez, á quien el temor embargaba las facultades, hasta el punto de dominarle por completo en muchas situaciones de la

obra. La Sra. Zapatero vistió bien y no habló mal.

De propósito hemos dejado para el último al Sr. Muñoz, que fué el héroe de la fiesta, retratando con la debida mesura, dignidad y severa circunspeccion al rey Felipe II. Así lo entendió el público, que recompensó dignamente su acierto, llamándole á la escena despues que hubo terminado la en que figura durante el acto tercero del drama. Esté fué puesto en escena con el esmero y con la discrecion con que generalmente se presentan todas las obras en el teatro de que nos ocupamos.

Terminada ya nuestra mision, que lo es más de cronistas que de criticos, concluiremos á la vez este artículo anunciando que en breve reaparecerá en la escena la Sra. Civil, quien ya no ha dado su primera función á causa de que, por motivos ajenos completamente á su voluntad, no le ha sido posible disponer de la compañía que tenia ajustada para la temporada que se propone pasar en esta córte. Con el fin de contratar nuevos actores, ha partido á Italia un representante de dicha actriz, y nos lisonjea la idea de que, á no ocurrir nuevos contratiempos, en la próxima semana tendremos ocasion de aplaudir á aquella distinguida artista.

E. DE INZA.

CLAUDIA PRÓCULA (1)

NOVELA RELIGIOSA.

—Entonces, ¿cómo has adivinado? Entonces?...

—No he adivinado: he visto la realidad: he oido al Profeta de Nazaret: tuyas son mis palabras: tuyas las que revelan tu sueño: tuyas las que van derramando consuelos inefables en los corazones atribulados de Israel y de Samaria.

—¡Tú! ¿Y será verdad? ¿Tú conoces á ese de quien la fama con cien lenguas, con voladoras alas, con clarín de bronce anda anunciando por la Judea portentos indecibles? ¡Oh! ¿crees tú que él pudiera leer en mi corazón como si le tuviese en su mano, aclarar los misterios que encierra, decirme por qué no soy dichosa, explicar la continua ansiedad que me devora, las aspiraciones nunca ni con nada satisfechas, los ensueños que me agitan, la perpétua sed del alma que me tiene siempre intranquila, ¡á mí, cuya voluntad pudiera ser ley de Jerusalem en este momento!

—Prócula, el Hijo del Hombre viene de mas allá de las regiones de la vida. El sabe donde reposa ahora el trueno que habrá de rugir al cumplirse veinte semanas de años. El sabe por qué la sonrisa de la inocencia encierra el mismo germen de ventura que el llanto del arrepentimiento. El no dice al mortal: *domina para ser feliz, sino ama y convertirás la tierra en paraíso*. Yo estaba como tú, y hoy, aunque mis lágrimas suelen servirme de pan en el día y en la noche, mi espíritu calma su afán con ellas, como las marchitas flores con las impensadas borrascas del estío.

—Habla, Protina; prosigue; los ecos de tu voz me parecen los ecos del arpa eólia.

—Escucha. ¡No tengo padre; no tengo madre; no tengo hijo! Vivía en Sicar, y como á samaritana me desdeñaban los fuertes de Israel. Un día, á la hora de sesta, cuando el sol lanzaba sus mas punzantes rayos desde la mayor altura del cielo, llegué al manantial de Jacob para llenar el hidria. ¡Allí estaba: la majestad de su semblante anunciaba la interior divinidad de su esencia! ¡No nacerá de mujer otro que le semeje!...

—Pero, ¿á quién aludes?

—A él, á Jesus: yo le proclamé el Mesías. Pidióme de beber, ¡él betlemita, á mí samaritana!... ¡Y el agua de mi vaso volvía á producir sed, y el agua de vida que él concede no la produce jamás! Despues los ancianos de Solima me entregaron á tu esposo para que te sirviera de esclava. ¿Qué me importa ahora no tener padre, ni madre, ni hijo, ni libertad? Ya sé adorar á Dios en espíritu. Cumplidos están los días de la esperanza. Con nosotros es Cristo. Yo soy feliz, y mis culpas están borradas del libro de los castigos.

—No te entiendo, Protina.

—¿No me entiendes? Ven: tú verás de repente multiplicarse los cinco panes para alimento del pueblo; tú verás andar al tullido de antiguos días; tú verás la misericordia cayendo de lo alto sobre la mujer adúltera que se arrepiente; verás al huerfanillo con amparo, al ciego con vista, resucitado á Lázaro, abrazados el pobre y el opulento, hermanos los hombres, patentes las puertas del Cielo. Ven. No tendrás sed en el alma.

—Vamos, vamos.

Y Claudia Prócula se levantó, ligera como la corza de Bethel, recibió sobre sus hombros la toga de púrpura que le vistió Protina, y ambas salieron de la estancia, á tiempo que la luz del día, esforzándose por vencer la *pedra especular* (2) de una ventana, amorti-

guaba los resplandores de la lámpara compañera de las vigiliias.

III.

Y ved aquí llegados los días de bendicion y de redencion. El Divino Reparador ha descendido á la tierra desde el seno del padre: la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, difunde sus resplandores, y el mundo no la conoció. Hace mas de diez y ocho siglos que Jerusalem tuvo como un instante de claridad; pero cerró los ojos al momento. ¿Seria que quedó deslumbrada? ¿Seria que la justicia eterna la condenó á ceguera en castigo de sus culpas, y para dignificacion de los humanos habitantes del orbe? Sin la ceguera judaica ¿quién se hubiera atrevido á la gran ofrenda, quien hubiera osado inmolrar la inmensa víctima expiatoria? ¡Oh! Entonces ¡bendita la Providencia! Entonces ¡feliz la culpa deicidida que produjo la redencion de todas las culpas! Entonces ¡dichosa la locura del pueblo que, sin conciencia de su poder, labró la cadena de diamante con que dejó poderosamente unida la tierra con el cielo! ¡Oh pueblo desventurado! Pero ¡oh pueblos venturosos!

Mas prosigue tú, musa cristiana, musa de Sion, y dí como llega en triunfo á la ciudad de David el Deseado de las naciones.

El astro del día iba subiendo por la serena esfera, pródigo de inofensivos resplandores, en una de las mas tranquilas mañanas de Nisan (que así llamaban á marzo los hebreos). Toda Judea habia acudido á Jerusalem para la celebracion del día festivo de los ácidos. Desde el torrente Cedron hasta la fuente de Siloe, desde la puerta de Benjamin hasta el monte Mória en que descollaba el templo, la inmensa multitud de los hijos de Israel estaba esperando ansiosa alguna solemnidad. Todo es bulliciosa confusion, todo es incasante movimiento, todo es rumor continuado y sordo, como el rumor de muchas aguas despeñadas. Aquí el cinór, el sambaca, el ódre henchido de armonioso viento, el hugag de flautas acordadas, los címbalos y panderos mezclan sus armonías á las impacientes voces de las mujeres que llaman á sus hijuelos, de los jóvenes que cantan la belleza de sus futuras consortes, como cantaba Salomon las de la esposa, morena pero agraciada entre las moradoras de Solima. Allí los ancianos y los levitas se lamentan del desórden, y acrecen la confusion intentando disiparla. Más allá sostienen las seculares palmeras, en vez del dorado fruto, racimos de hombres que las despojan de sus ramas. Quien manda al suelo desde lo alto deshojadas flores y destrozados mirtos, quien grita, quien ríe, quien llama, quien vocea, quien disputa. De repente otra apiñada multitud que se va empujando sin compasion hácia adelante, llega mandando al viento las repetidas voces de triunfo: ¡Hosana, hosana! Los espectadores alombran con sus mantos el camino. Un prolongado grito de aclamacion sube vibrante hácia la esfera, y millares de manos blanden sin tregua recien cortadas ramas de palma y oliva.

—¿Quien es el digno de tantas honras y de tal entusiasmo? ¿Dónde están los poderosos caballos del color de la nieve, dónde el carro de marfil con sus laureles, dónde los despojos de las vencidas comarcas, dónde el héroe que llevais á vuestro Capitolio?

Estas preguntas dirigia una matrona romana á su sierva en quien se apoyaba fuertemente para que las oleadas de la muchedumbre no la arrastrasen. Con el inmenso clamoreo que las rodeaba, la esclava apenas pudo escuchar; pero estendiendo el brazo y el índice: —¡Mira!—dijo; y exclamó tambien: ¡Hosana! Y ¡Hosana! repitió su señora sin poderse contener. Y ambas, como todos, gritaron: ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!

Venia en efecto; no sobre dorada carroza, tirada por tigres y leones, sino sobre humilde jumentilla. ¡Quién podrá pintar la majestad de su semblante! ¡Quién el tinte de divina melancolía que lo adornaba! ¡Quién el inmenso amor con que, levantados sus brazos, parecia atraer sobre la tierra las bendiciones del cielo! Diríase que innumerables legiones de ángeles se miraban en sus ojos como en un claro remanso de los rios del paraíso que les sirviera de espejo. Flotaban al cariñoso impulso del aura su túnica y su manto de lana pura, sin mezcla alguna de hilo, que casi cubriendo el manso animal en que cabalgaba, hubiera llegado al suelo, á no impedirlo el labio de la desgracia que los retenia con el beso de la gratitud. El antiguo paralítico caminaba á su lado; el antiguo ciego no se hartaba de mirarlo; el antiguo cojo saltaba ante él como David ante el Arca; el antiguo demente le dirigia concertados cánticos de alabanza; la antigua viuda de Naim le presentaba lleno de vida el hijo que llevaron á enterrar; Lázaro le mostraba el sudario con que aprendió por tres días el secreto de los sepulcros. El fastuoso cortejo de las miserias humanas, proclamando su alivio á esperando encontrarlo, le acompañaba ó seguia al entrar por Jerusalem. ¿Cuándo la vanidad, la adulacion ni la soberbia terrenal presentarán ovacion semejante á los dominadores de las naciones?

Entonces, y mientras acababa de pasar la muchedumbre de los hijos de Israel, dos mujeres se hablaron á un tiempo.

Dijo la una: —¡Oh portento! Mis ensueños no me engañaron. El es: el dispensador de la felicidad en esta vida, el Juez de inefables premios ó de inefables castigos para la eterna. ¡Oh tú, Sócrates ó Minos, Dios, ó hijo de Dios velado en figura humana! enséñame la manera de adorarte, y seré feliz.

Dijo la otra: —¡Jesus! ¡verdadero Mesias hijo de Dios

vivo! Tú me enseñaste en el manantial de Jacob á adorar al Padre en espíritu y verdad. Yo te bendigo, y soy dichosa.

Y entrambas se retiraron, al parecer abismadas en profundas meditaciones. Eran Claudia Prócula, noble matrona romana, y su sierva Protina, natural de Sicar en Samaria.

IV.

No han trascurrido tres días: el tiempo acerca las horas del poder de las tinieblas. Los herodianos, los saduceos, los fariseos y los sacerdotes han visto el entusiasmo del pueblo; el demonio de la ambicion y del orgullo los agita; sin convocarse, reúnen en conciliábulo de iniquidad; siembran la calumnia, derraman la seducción, compran la lealtad (¡hallado un Judas que se la vende!) y deciden la muerte del Justo. Ya está en su poder: ya la escena ha cambiado: ya las aclamaciones de triunfo se han convertido en imprecacion y grito de muerte. De Getsemani han partido los crepúsculos de una agonía que empieza produciendo sudores de sangre. El Inmaculado está escupido; el Bienhechor preso y arrastrado; examinado el Maestro; el Rey de gloria hecho varon de dolores; el Inocente reputado cual malhechor; el santo esperando sentencia capital infamatoria. ¡Jerusalem, Jerusalem! ¿Quién te ha embriagado? ¿A dónde corres como furiosa blandiendo antorchas funerales? ¿Qué logras con presentar ese Cordero en la morada del príncipe de tus sacerdotes? Ya no eres la ciudad reina: ya ha caido el cetro de las manos de Judá: tu Caifás no tiene jurisdicción de muerte: puede martirizar la victima, pero no decretar su inmolacion: eres esclava de Roma.

—¡Oh rabia! ¡oh furia! ¡oh desesperacion!... ¡Al pretorio! ¡Al Gábbatha! ¡Al presidente Poncio Pilato! ¡Al delegado del César!...

Así vociferaba la seducida muchedumbre que se empujaba en los átrios de la casa de Caifás pontífice, ó se arremolinaba en la plaza por penetrar en ellos. Solo una mujer pugnaba contra la corriente de aquellos centros de iniquidad. Era Protina. Logró vencerlos, y corriendo solitaria por las calles de Jerusalem hácia la mansion de Prócula, se parecia á las sombras de la noche huyendo de la aurora de la Parésceve que venia. Era el instante en que el tercer canto del gallo que la predecia, despertaba remordimientos en el corazón de un galileo, principal discípulo de Jesus, que acababa de negarle cobardemente.

Protina corrió, voló, llegó al Pretorio. Conocida sin duda por los vigilantes legionarios, tuvo franca la entrada, y apareció anhelante en el aposento de su señora.

—Claudia, tu sierva ha cumplido tus órdenes. Quiere que muera: son como tigres que se disputan una ovejilla. Van á venir aquí en demanda de la sentencia fatal... No hay tiempo que perder.

—Sentencia aquí! No será. Se abismarian los cielos sobre este palacio! Y si luego, como hijo de un Dios, vencia las cadenas del sepulcro!... ¡Ay del inicuo sentenciador!... ¡Ay!... Ven conmigo.

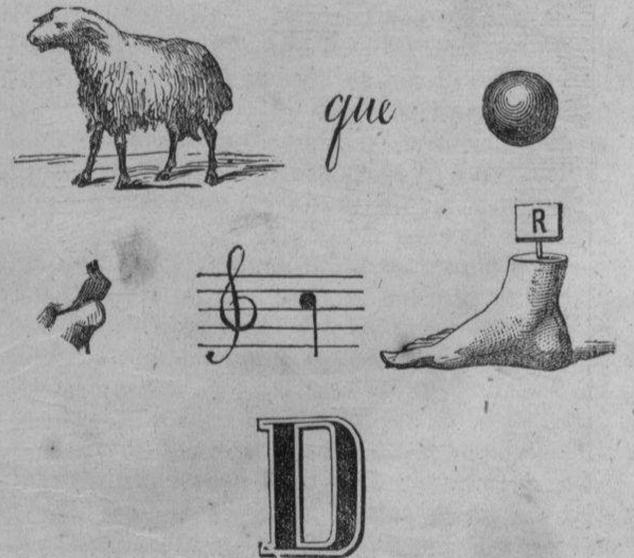
(La conclusion en el número próximo.)

J. J. GERVINO.

Solucion del gerooglifico del número anterior.

Quien se casa por dinero, Ese se cansa primero.

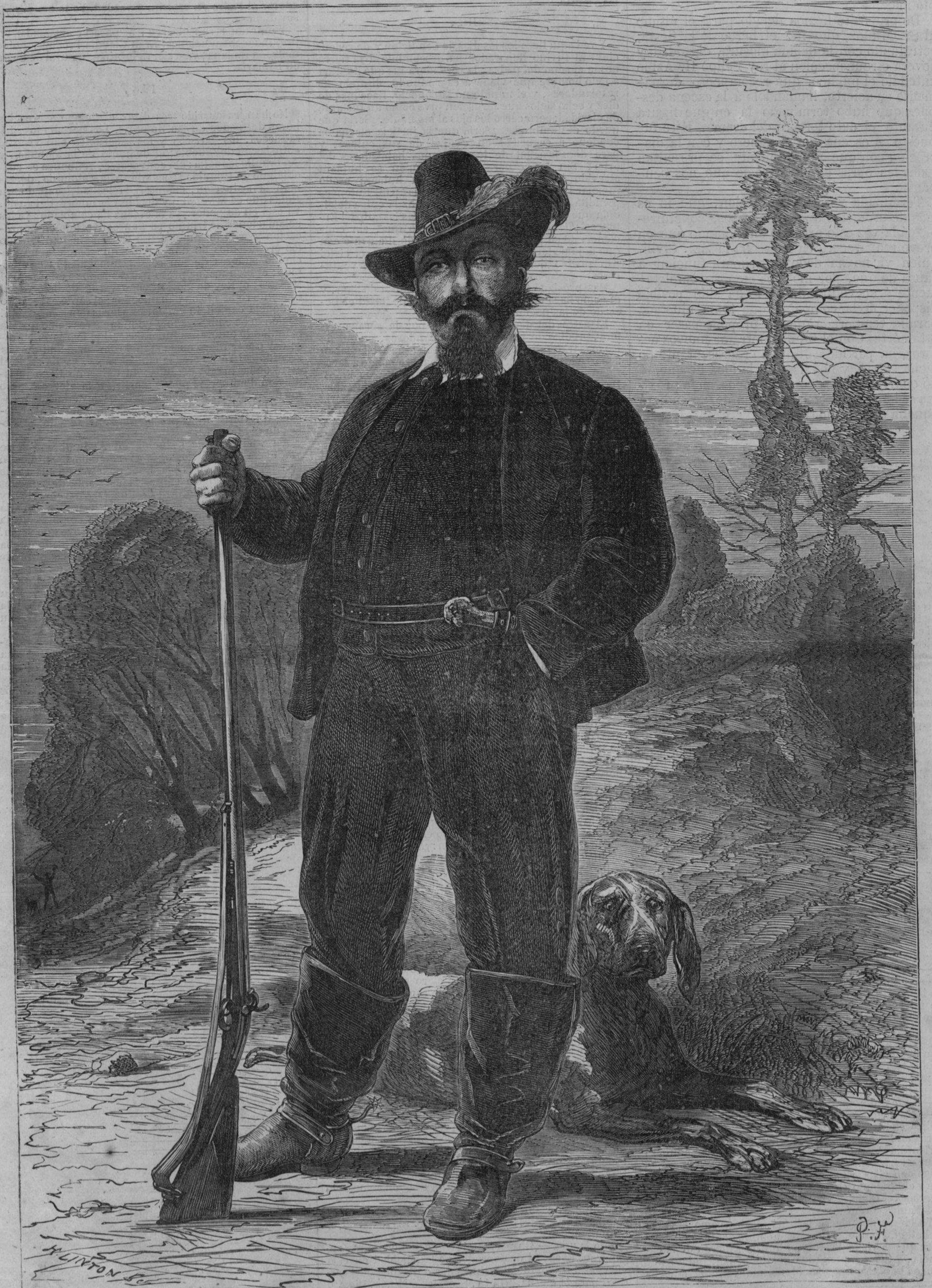
GEROGLÍFICO.



Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

(1) Véase el número 6.º
(2) *Lapis specularis*: piedra [transparente con que los antiguos cerraban sus ventanas.



VÍCTOR MANUEL EN TRAGE DE CAZA.